VOZ RADICAL

Para vos

Boletín de comunicaciones del Comité "Arturo Umberto Illia" N° 32

En éste número:

Nuestro saludo.

Illia en Pijamas.

Vale la reflexión. Perfil de prócer.

El Odio en Política. Esa Palabra, por Tomás Abraham.

Saquen las manos del Presupuesto. La razón de la división de Poderes:
La democracia es tan sencilla. ¿Porqué volvemos siempre a transgredirla? Esta lectura es recomendada para representados y representantes. Esclarece.

Hola, amigos:

Este boletín, no es de noticias. Pretende ser una columna de pensamiento sobre la política, la democracia, y el bien común, de los angosturenses, los neuquinos, los argentinos. Un refugio de pensamiento, reflexión y análisis del deber ser y su hermano menor, imperfecto y contradictorio, el acontecer, el ser.

No tiene la capacidad de asombrar, de anticipar, de sorprender, de sacudir al lector con grandes hechos, de denunciar nuevas injusticias, corrupciones, o novedades referidas a conquistas económicas, políticas, sociales, o contundentes informaciones que puedan desprender la modorra de todos los días, por un amanecer venturoso en materia de justicia o bienestar. ¡¡¡OJALÁ LO TUVIERA!!!

Es un aporte a una corriente de pensamiento maltratada por los Argentinos, que cada vez que califican a nuestro partido, le exigen el doble que a cualquier otro actor, y lo condenan por mucho menos que a cualquier otro, tal vez porque de él se espera más.

Más virtud, más capacidad, más decisión, más resultados, más de todo, y hasta más aceptación de sus actos de gobierno, porque su origen no es el resentimiento, sino el afán de justicia. Y en especial de justicia social.

Nuestra bandera es la igualdad de oportunidades,. De acceso y permanencia en los bienes públicos: Educación, Salud, Vivienda, Cultura, Deportes. Y más.

En un país como el nuestro, donde la desigualdad ha sido y es enorme, donde la brecha entre ricos y pobres no para de crecer, donde restan instrumentar montañas de políticas públicas para achicar esas diferencias, la Unión Cívica Radical tiene la obligación de honrar su historia, y asimilar esa crítica, con la altura de los íntegros.

Y además, debe aceptar más que nadie, la crítica no siempre constructiva, no siempre ecuánime, sino por lo general, más despiadada, y corrosiva, emanada de sectores a los que esos valores no les interesa. Y evaluarla objetivamente.

No importa. Los que hemos hecho del viejo partido Radical nuestra trinchera de lucha por el bien público, por una democracia social, por un estado de bienestar, sostenemos nuestra acción, convencidos de que la lucha desigual vale la pena. Somos los que no creemos en hombres providenciales, sino en la perseverante labor diaria. Los que rechazamos los atajos por los que se burla a la soberana constitución y la ley, y nos sometemos a ella y desde ahí, defendemos las instituciones. Somos los que nos equivocamos y pagamos con vergüenza nuestros errores, porque tenemos vergüenza.

Los que hoy conducen nuestra Unión Cívica Radical, son muchos de los que hacen casi treinta años, como juventud, cuando alboraba la democracia, se opusieron a la violencia y a la muerte con un canto simple: "Somos la vida, somos la paz". Eso somos.

Mejor: Eso queremos ser.

Gunardo

Illia en pijamas

Por ***Alfredo Leuco***

El sábado, en su glorioso recital, Jairo contó una vivencia estremecedora de su Cruz del Eje natal. Una madrugada su hermanita no paraba de temblar mientras se iba poniendo morada. Sus padres estaban desesperados. No sabían que hacer. Temían que se les muriera y fueron a golpear la puerta de la casa del médico del pueblo. El doctor Arturo Illia se puso un sobretodo sobre el pijama, se trepó a su bicicleta y pedaleó hasta la casa de los González. Apenas vio a la nenita dijo: “Hipotermia”. “No sé si mi padre entendió lo que esa palabra rara quería decir”, contó Jairo. La sabiduría del médico ordenó algo muy simple y profundo. Que el padre se sacara la camisa, el abrigo y que con su torso desnudo abrazara fuertemente a la chiquita a la que cubrieron con un par de mantas. “¿No le va a dar un remedio, doctor?”, preguntó ansiosa la madre. Y Arturo Illia le dijo que para esos temblores no había mejor medicamento que el calor del cuerpo de su padre.

A la hora la chiquita empezó a recuperar los colores. Y a las 5 de la mañana, cuando ya estaba totalmente repuesta, don Arturo se puso otra vez su gastado sobretodo, se subió a la bicicleta y se perdió en la noche. Jairo dijo que lo contó por primera vez en su vida. Tal vez esa sabiduría popular, esa actitud solidaria, esa austeridad franciscana lo marcó para

siempre. El teatro se llenó de lágrimas. Los aplausos en la sala denotaron que gran parte de la gente sabía quien había sido ese médico rural que llegó a ser presidente de la Nación. Pero afuera me di cuenta que muchos jóvenes desconocían la dimensión ética de aquél hombre sencillo y patriota. Y les prometí que hoy, en esta columna les iba a contar algo de lo que fue esa leyenda republicana.

Llegó a la presidencia en 1963, el mismo año en que el mundo se conmovía por el asesinato de John Fitzgerald Kennedy y lloraba la muerte del Papa Bueno, Juan XXIII.

Tal vez no fue una casualidad. El mismo día que murió Juan XXIII nació Illia como un presidente bueno. Hoy todos los colocan en el altar de los próceres de la democracia.

Le doy apenas alguna cifras para tomar dimensión de lo que fue su gobierno. El Producto Bruto Interno (PBI) en 1964 creció el 10,3% y en 1965 el 9,1%. “Tasas chinas”, diríamos ahora. En los dos años anteriores, el país no había crecido, había tenido números negativos. Ese año la desocupación era del 6,1%. Asumió con 23 millones de dólares de reservas en el Banco Central y cuando se fue había 363. Parece de otro planeta. Pero quiero ser lo mas riguroso posible con la historia. Argentina tampoco era un paraíso. El gobierno tenía una gran debilidad de origen. Había asumido aquel 12 de octubre de 1963 solamente con el 25,2% de los votos y en elecciones donde el peronismo estuvo proscripto.

Le doy un dato mas: el voto en blanco rozó el 20% y por lo tanto el radicalismo no tuvo mayoría en el Congreso. Tampoco hay que olvidar el encarnizado plan del lucha que el Lobo Vandor y el sindicalismo peronista le hizo para debilitarlo sin piedad. Por supuesto que el gobierno también tenía errores como todos los gobiernos. Pero la gran verdad es que Illia fue derrocado por sus aciertos y no por sus errores. Por su historica honradez, por la autonomía frente a los poderosos de adentro y de afuera. Tuvo el coraje de meter el bisturí en los dos negocios que incluso hoy mas facturan en el planeta: los medicamentos y el petróleo. Nunca le perdonaron tanta independencia. Por eso le hicieron la cruz y le apuntaron los cañones. Por eso digo que a Illia lo voltearon los militares fascistas como Onganía que defendían los intereses económicos de los monopolios extranjeros. El lo dijo con toda claridad: a mi me derrocaron las 20 manzanas que rodean a la casa de gobierno.

Nunca más un presidente en nuestro país volvió a viajar en subte o a tomar café en los bolichones. Nunca mas un presidente hizo lo que el hizo con los fondos reservados: no los tocó. Nació en Pergamino pero se encariñó con Cruz del Eje donde ejerció su vocación de arte de curar personas con la medicina y de curar sociedades con la política. Allí conoció a don González el padre de Marito, es decir de Jairo. Atendió a los humildes y peleó por la libertad y la justicia para todos.

A Don Arturo Umberto Illia lo vamos a extrañar por el resto de nuestros días. Porque

hacía sin robar. Porque se fue del gobierno mucho mas pobre de lo que entró y eso que entró pobre. Su modesta casa y el consultorio fueron donaciones de los vecinos y en los últimos días de su vida atendía en la panadería de un amigo. Fue la ética sentada en el sillón de Rivadavia. Yo tenía 11 años cuando los golpistas lo arrancaron de la casa de gobierno. Mi padre que lo había votado y lo admiraba profundamente se agarró la cabeza y me dijo:

- Pobre de nosotros los argentinos. Todavía no sabemos los dramas que nos esperan.

Vale la reflexión:

Perfil de prócer

Ha pasado casi medio siglo desde que un médico argentino, nacido en Pergamino, hecho Cordobés por vocación y simpleza, fuera desalojado de la casa Rosada en una de las tantas jornadas de luto, reconocidas como tales, muchos años después de acaecidas.

No se trata de volver a contar los hechos de gobierno en el medio de la turbulencia institucional de entonces, muchos lo vienen haciendo en los últimos tiempos. Y cada vez crece más y más la figura de ese sencillo, honesto, médico y ciudadano ejemplar. Y si no, lean "Illia en Pijamas" por Alfredo Leuco, el artículo anterior.

Algunos vecinos de Viedma, lo fueron a escuchar sobre el fin del Proceso, adonde llegó con su viejo sobretodo gris oscuro gastado hasta los hilos, para hablar de la democracia que se vislumbraba en el horizonte, después de la trágica guerra de Malvinas.

Sus principios sencillos, su conocimiento de los deberes de los funcionarios públicos, su hablar pausado mientras contaba cómo había ordenado la cancelación de los contratos petroleros, y su decisión de terminar con el negocio espúreo de los medicamentos, que representaban para él – médico al fin – la entrega de la soberanía sobre la salud de los argentinos, parecía agrandar su figura. Todavía reinaba el miedo del Proceso, pero don Arturo no tuvo inconvenientes en tipificar la desgracia del mismo.

*Sobre el fin de aquella charla, a la hora de las preguntas, y antes de terminar la reunión alguien pidió al orador que dijera **"qué había que hacer".***

Antes de terminar de abrocharse el sobretodo, el Dr. Arturo Umberto Illia, metió la mano en el bolsillo interior del viejo sobretodo y sacó un libro, casi un folleto y dijo:

"Hay que hacer lo que dice aquí, y no hay que hacer lo que aquí dice que no hay que hacer"

Arturo Umberto Illia, llevaba consigo, un ejemplar de la Constitución Nacional.

Parecieron palabras de circunstancia. No lo eran.

Don Arturo Illia está todos los días renaciendo de su tránsito por la Presidencia, y de su compromiso con la vida, y camina cada vez más hacia la justipreciación de su conducta por los argentinos. Ya ingresó a la galería de los ciudadanos ejemplares Y falta.

¡La pucha si falta! Ni los hombres de su partido, ni los argentinos en general, ni siquiera los historiadores, han sabido rescatar su conducta señera, para narrar en las aulas a nuestros chicos, cómo debe comportarse un hombre público puesto por la historia en el lugar del ejemplo.

Teorizamos sobre ética, pregonamos moral pública, condenamos la corrupción, y escribimos críticas y artículos sobre nuestros políticos.

Pero nos hemos olvidado que Illia murió pobre como Belgrano, se animó a enfrentar los intereses de los ricos del imperio, como ninguno, fue ejemplo en todos los sentidos, su vida fue servir a los demás, y como pago tuvo en vida sólo el reconocimiento de sus vecinos de Cruz del Eje, y el recuerdo emocionado de quienes lo conocieron allá, o en su casona familiar de Pergamino.

Me parece que hay algunos promotores, apresurados por fabricar próceres tempranamente, que deberían esperar unos años que se decante la historia, antes de lanzar altisonantes loas para poder contabilizar un ícono más en su galería.

Los exámenes del tiempo, la justipreciación de las conductas públicas y privadas, la revisión de los archivos, la comparación de las conductas, pondrán a cada uno en su lugar. Y por lo pronto, no hay peligro de que los valores de la pobreza, de la sobriedad, de la conducta fraterna, la mesura, el respeto al otro, el diálogo sereno y el altruismo, decoren en forma abundante el perfil de quien hoy es postulado con demasiada urgencia para que ocupe un lugar en el panteón nacional de los próceres. El ex presidente Néstor Carlos Kirchner, fallecido hace apenas un mes, debería ser respetado por propios y ajenos con un tiempo de reflexión y análisis y el paso del tiempo para una justipreciación de su trayectoria.

No merece que su memoria sea tratada livianamente y en forma apresurada para imponerlo al conjunto del pueblo, por una fracción deseosa de actualizar el álbum de los próceres partidarios.

---

el odio en la politica

Esa palabra

Por Tomás Abraham | 05.11.2010 | 22:34

Se usa demasiado la palabra "odio" en la Argentina. Muchos se quejan del odio de los otros. Afirman sin descanso que en la oposición hay seres deleznables, hipócritas, degradados, amorales y de derecha, que odian al Gobierno. El odio antiK no ha sido menor en la magnitud de su rencor. Existe una fuerte pasión por denunciar el odio de los otros. El escritor César Aira inventó, en uno de sus relatos, el concepto de "narapoia". Define con este nuevo vocablo clínico a la compulsión por perseguir al otro. Abundan los narapoicos en nuestro país. Conocemos esa psicopatía que prende en esos seres que corren coléricos detrás del prójimo gritándole al oído que el odio debe acabar. Hay quienes demuelen todo en nombre del amor, de la justicia, de la verdad y de Dios. El daño más grave que le hace al país el kirchnerismo con y sin jefe es su fanatismo y sectarismo. La retórica revolucionaria ya no se usa para crear un hombre nuevo, generoso y solidario, sino para señalar opositores al "modelo". Esa es la función del cuidado decorado en el velorio, con la foto del

Che sobre el féretro. No se estimula a la juventud a tomar las armas pero se emplea la misma mística que justificó la violencia "maravillosa" de los baños de sangre históricos. En 2004, en el acto de la ESMA, se humilló la figura de Raúl Alfonsín sin tener en cuenta que juzgó a los criminales de Estado con un fusil en la cabeza y no frente a un cuadro en un colegio militar. Se endiosó a la juventud de los años setenta en lugar de guardar silencio en su homenaje y reflexionar sobre la dimensión ética y política del Nunca Más. Años después, se redobló la afrenta cuando el ministro Aníbal Fernández insultó con bajeza al fiscal Strassera. El campo era la fuente de desarrollo tecnológico de nuestro país y la vanguardia en su integración en el mercado mundial que le daba los dólares al Banco Central y llenaba la caja de los Kirchner. Cuando con la 125 la población salió a la calle, todos, tanto los que eran parte de la protesta como los críticos al accionar irresponsable del Gobierno y los que pedían bajar los decibeles, fueron tratados de procesistas, destituyentes y oligarcas. El monopolio, que fue socio del Gobierno y construyó durante años su imagen positiva, se convirtió por decreto de necesidad y conveniencia en el holding manipulador de nuestras conciencias a la vez que enemigo público de la libertad de prensa.

Hacer del fallecimiento de Néstor Kirchner un martirologio, ungirlo en una pira sacrificial en el que un hombre muere para redimir a su pueblo, esta nueva escena de la crucifixión sin duda tiene un rendimiento rápido y fácil. Profundiza el modelo del fanatismo, la intolerancia y la culpabilización hacia quienes se atreven a pensar de otro modo. ¡Pero no hay muertos!, nos dicen –lo que ya no es cierto después de Mariano Ferreyra–. "¡Todavía estás vivo a pesar de lo que pienses!", nos recuerdan para subrayar nuestra ingratitud. En lugar de abrir la discusión, encontrar un terreno común para reflexionar sobre los problemas no resueltos de la pobreza, el trabajo en negro, la crisis educativa, la desocupación juvenil, la desnutrición infantil, el aborto clandestino, una estrategia de desarrollo integral a mediano plazo, etc., la energía está puesta en una supuesta guerra contra interminables demonios. Luego de la muerte del ex presidente, si un opositor al Gobierno manifestaba su respeto por el mandatario desaparecido, era un hipócrita. Si señalaba después de su muerte sus deficiencias, era un fabricante de odio. Si guardaba silencio, seguramente se reía como un monstruo en su casa. Los narapoicos insistieron con entusiasmo en denunciar a los que se alegraron con la muerte de Néstor Kirchner. Esta es la cultura política a la que nos acostumbró el kirchnerismo, la que dice poner en la agenda de los argentinos el tema de los derechos humanos, la distribución de la riqueza, la libertad de prensa y la solidaridad con los pueblos latinoamericanos. Así se fabrica el espíritu revolucionario en nuestro país.

Diré algo personal. Viví varias veces al margen de las grandes manifestaciones populares. No me integré a la recepción a Ezeiza en el '72. No fui a recibir a Perón. A pesar de ser un futbolero nato, no estuve en la calle en la demostraciones de millones personas por el logro de la Copa en el Mundial del '78. Me quedé en mi casa. En la euforia generalizada por la invasión y la Guerra de Malvinas, tampoco participé de aquel acontecimiento patriótico. No estuve junto a otros millones en el golpe de Estado popular en 2001, ante un gobierno "ineficiente", luego de diez años de algarabía por la eficiencia del anterior. Por eso no es ésta ni la primera ni la última vez que me encuentro fuera del foco aglutinante.

El kirchnerismo no ha sido víctima de nada. Por el contrario, ha sido agraciado con la bendición de los dioses. Gobernó años junto a un Congreso con quórum propio. Poderes especiales. Presupuestos aprobados ya antes de la votación. Demanda mundial de nuestros productos. Un Consejo de la Magistratura con mayoría y poder de veto. Una prensa "monopólica" adicta. Una sociedad aliviada por la recuperación económica, luego de la debacle de 2001. La integración transversal de partidos como el Frente Grande, el Partido Radical, el ARI. Un peronismo unido con Scioli y Solá en el gobierno, y Duhalde retirado en el Mercosur. La CGT con una dirigencia sobada y protegida. Organizaciones sociales controladas con subsidios y vigilancia política. Gobernadores subordinados por necesidades de caja. Una vida feliz hasta marzo de 2008. Luego, el kirchnerismo decidió que todo era una mentira y que el país está rodeado de confabuladores.

Hay un fascismo sentimental. Lo hemos vivido con el uso del dolor en beneficio del poder y de todo tipo de víctimas propiciatorias para legitimar la dominación de un grupo político. Los pobres, la bandera mancillada, los desaparecidos, los muertos idolatrados, la voluntad de hacer callar al otro persiste.

La democracia es un invento para proteger a las minorías y a los débiles, un dique jurídico y político contra el poder de las armas y el dinero. No es el gobierno de las mayorías. El despotismo más bárbaro puede tener su consenso mayoritario. La democracia se decide por las garantías y los derechos de las minorías, desde la ley antimonopólica en defensa de la pequeña empresa hasta la libertad de las minorías religiosas. De lo contrario, el sistema no es más que una caza de brujas.
No se trata de liberalismo sino de democracia. Y de violencia. No hay que ser un profeta para ver que si en algún momento falla la paz social obtenida con prebendas y sobrantes de recursos, la festejada y frágil paz social se termina. La palabra "militancia" se pretende idealista. Pero no se trata sólo de jugarse por una causa. El compromiso político exige no sólo convicciones sino lucidez y no excluye la honestidad. Más aún en la gente que dice ser parte del mundo de la cultura y de los aparatos educacionales. La "militancia" integrada a una visión del mundo apocalíptica, basada en guerras santas o de clases, arrasa con los cuerpos y degrada las almas. Esa militancia, ahí sí, es una fábrica de odio.
Por eso el cambio de tono y la necesidad de diálogo es vital. Hasta que la cultura política argentina no entienda esto que es básico para una convivencia nacional, las calles podrán estar llenas de gente que la libertad seguirá sola y el coqueteo con la muerte, que tanto atrae, mostrará una vez más su verdadero rostro.

***Filósofo. www.tomasabraham.com.ar**

Columnistas

Saquen las manos del presupuesto

Ya desde 1215 en Inglaterra, un rey no pudo decir más "éste es mi plan de gobierno, están obligados a aprobarlo". En el mismo año ningún timorato parlamentario, o cómplice, hubiera sido tan pusilánime como los nuestros de declinar el poder, de decidir sobre los recursos que le pertenecían.

La democracia moderna tiene su origen justamente en el acto de poner límites al rey en el más importante asunto político a decidir en un Estado: la aprobación de los impuestos y su utilización. El parlamento nace, y durante mucho tiempo se mantiene, como el órgano que representa a quienes pagan y que decide las políticas del Estado por medio de asignarle o negarle recursos para efectuarlas. Este mismo elemental

principio expresivo de la soberanía popular sería el grito de guerra de la revolución americana y de la fundación de la primera república moderna duradera: ningún impuesto sin representación.

Casi 1.000 años de historia no alcanzan para que nuestros políticos entiendan esto: los impuestos los paga el pueblo, y por lo tanto es el pueblo el que decide cuánto y en qué se gasta. Y en una democracia representativa, el pueblo lo hace a través del congreso, cuyos miembros, bueno es recordar, no llevan el nombre de "representantes del pueblo" por una cortesía protocolar.

Y en esto es totalmente falsa la distinción entre oficialistas y opositores. Todos están de acuerdo en traicionar la representación popular y asignar al Poder Ejecutivo el poder de decidir las políticas de "gobierno" con su presupuesto. Hoy por ti, mañana por mí: la oposición actual espera ser oficialismo alguna vez y que se le respete esta prerrogativa monárquica a su debido tiempo. Sólo así se explica la ridícula discusión acerca de detalles que no ponen en cuestión el asunto principal de a quién corresponde decidir sobre los gastos y recursos del Estado.

Esta competencia del Congreso, y no del Ejecutivo no tiene nada de opinable: la constitución, ese pisoteado documento fundacional, le da al Poder Legislativo, de manera taxativa, exclusiva e independiente, la facultad de crear impuesto y asignar gastos.

La pretensión del Ejecutivo de imponer su proyecto y sin cambio alguno es groseramente inconstitucional.

Si fuera cierto ese sonsonete oficialista que se repite en cada pretensión legislativa, implícitamente aceptado por toda la casta política, habría que concluir que el constituyente era una especie de idiota que hizo todo al revés de lo que se proponía. Quería que el presupuesto fuera facultad discrecional del Ejecutivo, pero le dio la facultad de aprobarlo al Legislativo. Quería que "gobernara" el Ejecutivo, pero dividió el gobierno en tres poderes dándole competencias diferenciadas y exclusivas a cada uno de ellos. Quería que el poder más importante fuera el Ejecutivo, pero le dio la facultad de hacer las leyes y de decidir sobre la constitucionalidad de los actos a los otros dos. Quería una monarquía electiva, pero diseñó una república con poder limitado y dividido.

Aunque se haya olvidado, ejecutivo viene de ejecutar y legislativo de legislar. El ejecutivo, poder contrademocrático, ejecuta una voluntad ajena, la del cuerpo que representa democráticamente al pueblo. Tan simple, sencillo y trasparente que sólo puede no ser visto así por quienes, con la suficiente dosis de mala fe o ignorancia, no quieren verlo.

El Poder Ejecutivo, el gerente del Estado, sólo tiene la facultad de proponer. Incluso la de defender por todos los medios lícitos y públicos su propuesta. Pero una vez que la entrega, debe retirarse para que la decisión la tomen quienes deben tomarla. Luego reaparece para ejecutar leal y fielmente la orden presupuestaria dada por el representante del soberano. Zapatero a tus zapatos.

Para explicar esta distorsión del modelo constitucional efectuada por la clase dirigente, no hace falta escribir un libro. Es puro y duro abuso del poder, sustentado en el acuerdo implícito de la oligarquía dirigente de gobernar por encima de la constitución. Códigos se llama a este acuerdo en la jerga cuasimafiosa de la política.

Gobernar, en definitiva, sin judicializar la política, según el lenguaje corporativo acatado dócilmente por los jueces.

(*) Abogado. Profesor de Derecho Político de la UNC

RICARDO GAMBA (*)

…"Pensábamos que recuperando la democracia política, podíamos avanzar hacia una sociedad más justa".

…"Crecimos a tasas chinas pero la educación está igual o peor, la salud está igual o peor, y la seguridad está igual o peor"...

Ricardo Alfonsín, 3 de diciembre de 2010.

Y nos vamos…

Esperamos que le haya gustado los artículos de este "VOZ RADICAL" N° 32.

Ojalá que nuestro boletín sirva como aporte a una mejor democracia, que entendemos será una mejor calidad de vida para todos.

Seguiremos señalando las cosas que creemos que dañan a esta forma de organización social, sus deformaciones e inconvenientes, de la misma manera que pretendemos seguir sembrando esperanzas, difundiendo la ejemplaridad de las conductas que hacen al buen ciudadano, al buen funcionario, al buen político. En definitiva a la buena persona.

Chauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu

gunardop@gmail.com